

Para el pintor Jorge Castillo.

Porque a veces (¿verdad, Rafael?) el juego del arte se convierte en un juego explosivo. Porque ocurre que la realidad no es un tapiz placentero sino un campo de lucha, y el artista, que es, ante todo, un ser humano, siente que la inspiración le acude como un torrente de sangre, como un latido de angustia, como un grito que no puede ser amordazado. Porque es imposible, cuando el fango salpica la cintura, detenerse a inhalar el aroma de una rosa. Porque la rosa misma adquiere un significado distinto entre los escombros de la desolación. Porque, cuando bombardean Guernica, no se puede hablar de la frescura de las praderas edénicas, quizá porque se ha hecho problemático el edén que sustituye el horror en que se vive. Porque cuando fusilan un hombre la mano del pintor se expresa con un gesto convulsivo que excluye los matices exquisitos. Porque los más brillantes y espaciosos paisajes urbanos no consiguen ocultar la sombría amenaza de unos cerrojos y un muro que acaso se cierren y se alcen para nosotros. Porque no es difícil que nos robe el sueño el recuerdo de la espalda que vimos flagelada. Porque hay hambre en la India y en las Hurdes y en un pavoroso etcétera. Porque el Vietnam e Indonesia no están tan lejos como para que nos podamos despreocupar de su aullido de carne asesinada. Porque, bajo el color blanco y oscuro de su piel, la sangre de Viola Gregg y la de Meredith tenían el mismo color que nuestra sangre. Porque el más ingenuo nombre de pueblo marinerero puede convertirse en un clamor de indignación ante una catástrofe posible y una humillación ya realizada. Porque la urgencia obliga a abandonar el disfraz y levantar el tono de tu voz y de la mña y de la mña. Porque al grito de España responde el eco de Hiroshima... Porque Palomares...

Carlos Alvarez

carlos alvarez